

Simon Clark



La  
noche  
de los  
trífidos

Al final de *El día de los trífidos*, el protagonista, Bill Masen, se une a la colonia recién fundada en la isla de Wight. Esta pequeña comunidad, de momento a salvo de las terribles plantas mutantes, se emplea a fondo no sólo en erradicarlas, sino también en sentar las bases de una nueva civilización.

Veinticinco años después, una mañana de verano, la tierra se ve repentinamente sumida en la oscuridad: no ha salido el sol. A los trífidos les ha faltado tiempo para invadir la isla, de modo que el hijo de Masen, David, emprende un arriesgado viaje para averiguar a qué se debe la negrura y para acabar definitivamente con las plantas. La aventura lo conducirá hasta un Manhattan aparentemente utópico y a una dolorosa verdad: la peor amenaza para el ser humano reside en la crueldad de la que es capaz.

**Simon Clark** ha logrado una continuación del clásico de **John Wyndham** que desmiente el tópico de las segundas partes y atrapa al lector sorprendiéndolo hasta la última línea.

A LA MEMORIA DE  
JOHN WYNDHAM (1903-1969)

## PRÓLOGO

Hace veinticinco años, trescientos hombres, mujeres y niños se retiraban del territorio continental británico para establecer una colonia de supervivientes en la Isla de Wight.

Allí, en cada biblioteca y en cada escuela, hay una copia mimeografiada del relato de William Masen sobre La Gran Ceguera, la llegada de los trífidos y la caída de la civilización.

No comprende más de doscientas páginas y está encuadernado con tapas de cartulina rígida de color naranja. No encontraréis dentro ninguna ilustración y nada más que una única fotografía.

No obstante es una historia bastante vívida.

Éste es el párrafo final del libro de William Masen:

Así que debemos pensar que la tarea que nos espera es sólo nuestra. Creemos vislumbrar ya el camino, pero hay todavía mucho que trabajar e investigar antes que nuestros hijos, o los hijos de nuestros hijos puedan cruzar el estrecho e iniciar la cruzada que hará retroceder más y más a los trífidos, más y más, destruyéndolos incesantemente hasta borrarlos de la faz de la tierra que han osado usurpar.

Ése es el final del testimonio de William Masen. Lo que sigue ahora es el comienzo de otro, en un mundo que sigue estando dominado por los terribles trífidos...

## 1. EL MUNDO EN TINIEBLAS

Cuando las nueve en punto de una mañana de verano parecen, a juzgar por tus ojos, negras como la medianoche en las profundidades del invierno, entonces es que hay algo que va muy mal.

Era una de esas mañanas en las que me despertaba totalmente despabilado, descansado y listo para un nuevo día. Mi madre, Josella Masen, hubiera dicho que tenía los ojos brillantes y el culo inquieto.

Sólo que, por mucho que intentara descubrirlo, no sabía por qué me sentía así. Me levanté un poco apoyándome en un codo y le eché un vistazo a la habitación. No estaba simplemente oscuro. Ésa es una palabra demasiado leve para describirlo. Había una ausencia absoluta de luz. No veía nada. Ni siquiera la tenue luz de las estrellas a través de la ventana. Ni la luz de una lámpara en una casa vecina. Ni siquiera mi mano delante de la cara. Nada.

Únicamente oscuridad en su negra inmensidad.

*Ya ves, recordé decirme a mí mismo firmemente, todavía es plena noche. Te has despertado con el maullido de algún gato. O quizá el viejo de la habitación de al lado se ha levantado por algo. Ahora vuelve a dormir.*

Me recosté boca arriba y cerré los ojos.

Pero algo no iba bien. Una alarma mental tintineó débilmente aunque con cierta urgencia en algún lugar de mi cabeza.

Abrí los ojos. Aún no podía ver nada.

Escuché con recelo, con la intensidad con la que escucharía el dueño de una casa al oír el crujido de un tablón del suelo bajo los cautelosos pies de un intruso.

Ahora estaba seguro de que era plena noche; nada podía poner en duda el testimonio de mis ojos. No podía ver siquiera el más mínimo atisbo de luz del amanecer comenzando a filtrarse por las cortinas de la ventana. Sin embargo, en ese momento caí en la cuenta de que algo estaba ocurriendo: los sonidos que podía oír eran los de una mañana de verano, en la que el sol iluminaba a raudales los campos de la isla.

Oí el cloc cloc de un caballo que pasaba frente a la casa, luego el enérgico golpeteo de un bastón en la acera indicando que uno de los ciegos había salido para emprender un nuevo día. Después comenzaron a oírse puertas cerrándose estrepitosamente. Caía agua por un desagüe. Y quizá lo más notable era el maravilloso chisporrotear del bacon frito para el desayuno, acompañado de su tentador aroma.

Inmediatamente mi estómago hambriento sonó ruidosamente. Pero con esas primeras punzadas de hambre me di cuenta de que el mundo, de un modo u otro, no andaba bien. Nada bien.

Ése fue el momento en el que mi vida, la que había conocido durante los últimos veintinueve años, se acabó. Justo entonces, ese miércoles 28 de mayo. Nada volvería a ser igual. Las campanas no tocaron a muerto para marcar su final. Únicamente oía los sonidos que no debían ser, de hecho, ¡no *podían* ser!, esos sonidos matutinos tan inesperadamente fuera de lugar en el oscuro corazón de la noche: el sonido de un caballo arrastrando una carreta hacia la playa; los golpecitos de los bastones de los ciegos mientras subían la colina hacia la Casa Madre; la alegre despedida de un hombre y su mujer al salir de casa para empezar un nuevo día de trabajo.

Me quedé allí recostado oyéndolo todo perfectamente. Pero debo confesar que nada de todo aquello tenía sentido. Miré fijamente al techo. Clavé la mirada allí durante cinco minutos completos, cinco minutos aparentemente interminables, con la esperanza de que mis ojos se adaptaran a la penumbra.

Pero no.

Nada.

Seguía estando tan oscuro como si me hubieran encerrado en una caja y enterrado a varios metros bajo tierra.

Empecé a sentirme intranquilo. Y, en cuestión de segundos, esa intranquilidad se extendió como el mismísimo demonio en forma de picazón por todo el cuerpo, hasta que ya no pude seguir acostado. Rápidamente, me incorporé, saqué los pies de la cama y los posé sobre el linóleo.

La habitación en la que me encontraba no me era en absoluto familiar; no estaba seguro ni siquiera de qué dirección debía tomar para llegar hasta la puerta. El destino me había llevado hasta ese lugar. Había cogido un barco volador para hacer un corto viaje desde Shanklin hasta Lynton, atravesando los casi siete kilómetros de aguas brillantes del estrecho hasta llegar al continente, donde debía recoger a un grupo nuevo de personas.

Había estado pilotando yo solo aquel avión de un solo motor (los pequeños viajes de la isla al continente no eran más difíciles que un viaje en carreta por la isla después de todos esos años). El cielo estaba despejado y el mar muy tranquilo, reflejando el impecable azul, y yo estaba de muy buen humor ante la perspectiva de un vuelo sin problemas en un día de verano tan perfecto.

Sin embargo, el destino siempre está a la espera del momento adecuado para fastidiar a quien está satisfecho de sí mismo, con resultados cómicos, irritantes, o letales.

En el mismísimo instante en que sobrevolaba la costa de la Isla de Wight, una gran gaviota cambió su existencia terrenal por la oportunidad de alcanzar un posible paraíso

de las aves, utilizando para ello el sencillo recurso de volar hacia la única hélice de mi aeronave. Inmediatamente, la paleta de madera quedó hecha añicos.

Y un barco volador sin su hélice sirve tan poco para volar como un ladrillo.

Afortunadamente, me las arreglé para girar el morro de la aeronave hasta formar una U mientras bajaba en picado. La estela atravesaba los montantes de las alas.

El aterrizaje, aunque carente de toda elegancia, fue al menos satisfactorio; es decir, que el barco no sufrió ningún daño cuando se desplomó sobre la superficie del mar a tan sólo unos metros de la playa.

El resto de ese incidente en particular no fue nada dramático. Un característico olor a pescado me llevó hasta un embarcadero en el que amarré el avión. Después caminé hasta la pequeña aldea costera de Bytewater, desde donde mandé un mensaje por radio informando de que había sido derribado por una gaviota.

Después de las risas y las bromas obligadas, me dijeron que enviarían un mecánico y una nueva hélice a Bytewater a la mañana siguiente. Mientras tanto, debía buscar un lugar donde dormir esa noche.

Luego pasé una complicada hora más o menos, sacando lo que quedaba del pájaro del motor del avión.

Sin embargo, debí haber guardado una pluma de esa gaviota como amuleto de la suerte; sí, debí haberlo hecho. Porque, sin saberlo yo, ese pájaro acababa de salvarme la vida.

Y sin su sacrificio, vosotros desde luego no estaríais leyendo estas palabras.

El aprieto en el que me encontraba no pareció mejorar cuando me senté en la cama. Los ojos seguían diciéndome que era plena noche.

Sin embargo, los oídos y la nariz replicaban enfáticamente que ya hacía tiempo que había pasado la hora del



amanecer.

Se oían personas trabajando. Personas moviéndose de un lado para otro. Todo el rumor y el murmullo de las horas diurnas.

Entonces, de repente, oí a lo lejos un estallido de gritos ininteligibles. Tal vez no fuera más que una discusión entre un hombre y su mujer, pensé. Incluso esperaba oír el golpe violento de una puerta al cerrarse, señalando el dramático final de la disputa.

La voz se calló abruptamente.

De hecho, el golpeteo de bastones cesó con la misma rapidez.

Segundos más tarde, el continuo cloc cloc del caballo se convirtió en un repentino y rápido chacoloteo de cascos contra la superficie de la calle al salir disparado.

Luego, también eso se desvaneció hasta convertirse en un espeluznante silencio.

Y la oscuridad que lo impregnaba todo...

Realmente, era demasiado.

Yo era un piloto. Un hombre de nervios templados. Pero esa oscuridad estaba empezando a comerme por dentro, inquietándome más de lo imaginable.

Grité el nombre del dueño de la casa.

—Señor Hartlow... ¿Señor Hartlow?

Esperé, con la esperanza de oír la puerta abrirse en cualquier momento y la amable voz del señor Hartlow diciendo: «Bueno, bueno, ya está bien. ¿Por qué tanto alboroto, David?».

Pero no llegó el señor Hartlow, que, después de treinta años de ceguera, podía encontrar el camino por su casa con la misma seguridad que un joven con visión completamente normal.

—Señor Hartlow...

Esa hambrienta oscuridad devoró mi voz con avidez.

Una desagradable sensación empezó a recorrerme el cuerpo. Poderosa. Innegable. La vuelta de los miedos de la

infancia que uno encierra cuando madura y se hace adulto. De repente volvían a pasos agigantados.

El terror a la oscuridad. Cuando una silueta en la pared puede convertirse en una bestia cruel e indescriptible que está esperando para abalanzarse sobre ti y desgarrarte... y el crujido de uno de los tablones del suelo... anuncia la llegada de un loco que está a punto de atravesar la puerta, esgrimiendo un hacha ensangrentada...

En ese momento caí en la cuenta: esos miedos no desaparecen con el tiempo, simplemente hibernan. Sólo necesitan el entorno adecuado y entonces regresan, avanzando con paso largo y ligero como fantasmas que te persiguen desde los lugares más recónditos de tu mente...

*Y la razón por la que no puedo ver, y la razón por la que puedo oír a la gente moviéndose de un lado para otro como si fuera pleno día es que...*

Un intenso escalofrío me recorrió el cuerpo mientras las palabras llegaban lenta aunque inexorablemente desde algún rincón de mi cabeza. No puedo ver porque: *estoy ciego.*

Como hombre recientemente ciego, no tenía la confianza en mí mismo propia de los viejos ciegos que habían perdido la vista cuando las extrañas luces verdes inundaron el cielo nocturno tres décadas atrás.

En cambio, debo de haber esbozado una patética y lenta figura al atravesar la habitación, con las manos extendidas delante del cuerpo. Ahora lo único que podía oír era el enérgico latido de mi corazón.

—Señor Hartlow... ¿puede oírme?

No hubo respuesta.

—Señor Hartlow... ¡Señor Hartlow!

Sin respuesta.

Pasé la puerta y llegué hasta el rellano, sumido aún en esa absoluta oscuridad. Ahora podía sentir una suave alfombra bajo los pies desnudos. Avancé arrastrando los

pies. Las puntas de mis dedos presionaban la áspera textura del panelado; después sentí la fría dureza del marco de una puerta, seguido de ésta.

La abrí llamando.

—¿Señor Hartlow?, ¿está usted aquí?

No recibí ninguna respuesta. Mi aterrorizada respiración, que acompañaba el pum pum pum de mi corazón, era demasiado ruidosa para permitirme oír sonidos más sutiles que animasen el ambiente.

Continué a duras penas, abriendo puertas y llamando.

Para entonces ya me estaba desorientando, ni siquiera estaba seguro de en qué dirección se encontraba mi habitación.

*De modo que esto es lo que se siente al estar ciego, me dije a mí mismo. Un mundo de interminable noche.*

Y de repente se me ocurrió una idea siniestra.

¿Y si habían regresado a los cielos esas misteriosas luces verdes que habían cegado a más del noventa por ciento de la población tantos años atrás? ¿Esos extraños fuegos de arteficio cósmicos que habían hechizado a tanta gente la misma noche que mi padre, Bill Masen, se pasó acostado en la cama de un hospital, con los ojos vendados después de haber recibido un chorro de veneno de trífido en la cara?

Hice memoria.

Me había acostado después de una agradable velada escuchando un concierto de piano en Isla Radio y conversando con mi anfitrión, el señor Hartlow. Me había servido uno o dos vasos de su excelente licor de chirivía para ponerme a tono, como quien dice. Por mucho que lo intentara, no podía recordar haber visto nada extraño en el cielo de esa noche.

Sin embargo, tal vez, uno ni siquiera tenía que ver las luces verdes, si es que ellas eran las responsables de mi lamentable ceguera. Quizá habían atravesado el cielo durante el día, sin ser vistas por la gente que iba y venía por la is-

la ocupada en sus tareas. ¿Era posible que emitieran una radiación *invisible*, y que ésta fuera la responsable de destruir el nervio óptico?

¡Ay!

Había encontrado la escalera al pisar el borde de un escalón. Resbalé y me deslicé con el pie al menos tres escalones más antes de que consiguiera coger el pasamanos. A pesar de que había logrado evitar precipitarme hacia adelante y romperme el cuello, me había torcido el tobillo dolorosamente.

Sin embargo, en cierto modo, ese pinchazo de dolor a lo largo del puente del pie les hizo bastante bien a mis nervios. Me animó a hacer que mi mente dejara de vagar agitada e infructuosamente, buscando lo que podría o no haberme pasado, a dejar de revolearme en la autocompasión y a hacer *algo* de una puñetera vez.

Cuando llegué a la planta baja me detuve y escuché; podía sentir las heladas losas de piedra de la cocina bajo los pies.

No, no logré oír nada.

Cojeando un poco a causa de la torcedura, me moví por la cocina, con las manos extendidas para detectar cualquier posible obstáculo (y esperando irracionalmente todo el tiempo que mis dedos tocaran los suaves huecos y contornos de un rostro humano con vida). Me di con el pie en la pata de un taburete y, durante algunos segundos, el dolor me hizo perder el interés en todo lo demás, soltando de mis labios un par de palabras que nunca hubiera pronunciado en presencia de mi madre, a pesar de lo difícil que resultaba escandalizarla.

Una vez más llegué a una pared. Con vacilación, como si de repente pudieran brotar de la pared bocas con dientes afilados y morderme la punta de los dedos (¡desde luego, mi ceguera había desatado un centenar de irracionales fantasías!), me moví lentamente a lo largo de ella. Primero llegué a una ventana con cortina (los ciegos siguen utilizan-

do cortinas por costumbre). Rápidamente, la abrí de un tirón, esperando en vano que la luz entrara a raudales y me deslumbrara.

Suspiré.

Oscuridad, todavía oscuridad.

Seguí avanzando, tocando cazuelas que colgaban de ganchos, una serie de cuchillos, manojos de hierbas secas. En algún sitio, un reloj hacía tic tac con un ritmo lento y cargado de fatalidad.

Tic... tac... tic... tac...

Un sonido insufrible que odiaba, una vez más irracionalmente, con toda mi alma.

Tic... tac...

Si por casualidad hubiera puesto las manos sobre el reloj, habría aplastado el detestable aparato contra el suelo.

—¿Señor Hartlow?

Y luego agregué, con bastante poca lógica:

—¿Puede oírme?

Porque si me hubiera oído, seguramente habría respondido.

Tic... tac...

—¿Señor Hartlow?

Tic... tac... tic...

Cuando llegué a una puerta rocé con la mano un interruptor de luz eléctrica. En una aldea pequeña como ésta no podía haber electricidad, por supuesto. La electricidad, después de todo, era un lujo reservado para los talleres, los hospitales, las clínicas, las comunicaciones, y para los laboratorios como el de mi padre. No obstante, accioné el interruptor con entusiasmo. Obviamente no había sido utilizado en décadas; los contactos de metal rechinaron atravesando un cúmulo de polvo al deslizarse hacia abajo.

No hubo luz.

La parte racional de mi mente no la había esperado. Pero había una fastidiosa voz dentro de mi cabeza que gritaba alto y claro que la luz, un torrente de preciosa y brillante

luz, había caído en cascada desde la bombilla e inundado la cocina. *Pero no puedes verla, porque realmente estás ciego, David Masen... ciego como un topo... un topo ciego que persigne a la esposa del granjero...*

*Deja de hacer eso*, me dije de repente, luchando contra la ola de pánico que invadía peligrosamente todo mi ser. *Deja de hacer eso inmediatamente.*

Una vez más avancé a tientas tocando las paredes. Ahora palpaba una encimera.

Un fregadero. Una cocina.

Más armarios, con platos de...

Me detuve.

¿Una cocina?

Rápidamente volví a tientas cruzando el manto de oscuridad hasta que encontré los quemadores y los soportes de hierro sobre los que colocar las cazuelas. Pude sentir los pomos redondos para controlar el gas, duros bajo mis ansiosos dedos.

Gas. Sí, sí.

Busqué a tientas un mechero, que, según pensé, tenía que estar cerca.

Después de unos momentos de infructuosa búsqueda comencé a soltar tacos: una ocupación igualmente vana.

También me di cuenta de que tenía que haber velas y lámparas en algún sitio cerca de allí. No para que las utilizara el señor Hartlow, por supuesto, sino para cualquier huésped con vista que pudiera recibir.

Pero, para mí, en ese momento, bien podían estar escondidas en el lado oscuro de la Luna. Busqué a tientas por lo que parecían ser interminables pilas de platos, cubiertos y verduras en cestos. Quizá hubiera una vela justo delante de mis narices, pero yo no pude encontrarla, por mucho que lo intenté.

Finalmente, mi característica impaciencia rescató a mi cada vez más debilitada cordura.

Encontré otra vez la cocina.

O mejor dicho, la localicé, posando ciegamente la mano en la grasa de bacon caliente que había dentro de una sartén. Hice girar los mandos de la cocina y en el acto oí cómo el metano silbaba inodoramente en los quemadores.

Bien, esto era primario... pero si funcionaba... sería sencillamente un gran acierto por mi parte.

Estiré las manos para dar otra vez con la encimera. Encontré con los dedos una cacerola, una que era satisfactoriamente pesada, y la cogí. Luego, con el gas silbando desde los fuegos de la cocina, golpeé con fuerza la cacerola contra los soportes de hierro.

El impacto hizo un fuerte ruido metálico.

Volví a golpear la parte superior de la cocina.

Y, una vez más, el ruido metálico resonó con fuerza en mis oídos.

Luego, en el tercer intento (esta vez golpeando la cacerola con todas mis fuerzas y rompiendo en pedazos el mango) mi plan funcionó.

Al estrellarse una contra otra, las dos superficies de metal produjeron una chispa.

Hubo una pequeña explosión bastante estruendosa, seguida de una ráfaga de gas, e inmediatamente tuve una bola de fuego justo debajo de mi nariz.

Me alejé tambaleándome del torrente de calor; el olor a chamuscado me decía que había sido demasiado lento para salvar mis cejas.

Pero no me importó. No me importó lo más mínimo. Porque había pasado algo maravilloso.

Podía ver.

Vi perfectamente todos los detalles de ese breve florecimiento de fuego naranja y amarillo. En tan sólo un segundo se había desvanecido y quedaron cuatro discos de llama azul en las aberturas de la salida del gas.

Eran cualquier cosa menos luminosos. Sin embargo irradiaban una tenue luz azulada de un lado a otro de la cocina, revelando la escalera, la mesa, la radio, y allí estaban la